

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN MARTIN, papa y mártir; el cual habiendo celebrado un concilio en Roma, y condenado en él á los herejes Sergio, Paulo y Pirro, por orden del emperador Constante, hereje, lo prendieron con engaño, y llevado á Constantinopla, fué desterrado al Chersoneso, en donde consumado con muchos trabajos y miserias, por defender la fe católica acabó su vida esclarecido con muchos milagros. Su cuerpo lo trasladaron despues á Roma, dándole sepultura en la iglesia de los santos Silvestre y Martino. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS AURELIO Y PUBLIO, obispos, en Asia. (Refiere Galesinio que estos dos Santos fueron consagrados obispos por los discipulos de los Apóstoles, y enviados al Asia, en cuya region no solo convirtieron á muchos infieles, sino que con sus escritos combatieron los errores de ciertos herejes llamados catafristas, los cuales aparecieron en el segundo siglo de la Iglesia. Se ignoran los nombres de las ciudades de que fueron obispos, y solo se sabe que derramaron su sangre en testimonio de Jesucristo el año de 173.)

SAN PATERNO, mártir, en el Senois en Francia.

SAN LIVINO, obispo y mártir, en Gante. (Fué un sabio y piadoso obispo irlandés que pasó á Flandes para predicar la fe á los idólatras. Comenzó esta mision despues de prepararse con fervorosos actos de piedad, y por medio de la predicacion y del ejemplo convirtió á muchísimos infieles en los territorios de Alost y de Hautem. Habiendo cultivado la poesia en su juventud, compuso himnos y otras composiciones sagradas. Despues de un glorioso apostolado, fué asesinado por los paganos en Esche, el año de 633, segun Colgan, quien dice que fué obispo de Dublin. Fué enterrado en Hautem, á tres millas de Gante, y sus reliquias trasladadas al gran monasterio de esta ciudad, el año 1006. En una urna junto á la de S. Livino se guardan las reliquias de SANTA CRAFAILDES, dama en cuya casa fué martirizado el Santo, y muerta por los mismos bárbaros solo porque lloraba la muerte del glorioso mártir, y la de su hijo BUCRIO, á quien acababa de bautizar san Livino.)

LOS SANTOS MÁRTIRES BENEDICTO, JUAN, MATEO, ISAAC Y CRISTINO, ermitaños, en Polonia. (Murieron á manos de los herejes por los años de 1005.)

EL MARTIRIO DE SAN JOSAFATO, del orden de S. Basilio, arzobispo de Polozk, en Witensk en Polonia; al cual dieron cruel muerte los cismáticos en odio de la verdad y unidad de la Iglesia católica. (Habiendo trabajado extraordinariamente este Santo para reunir los cismáticos de su diócesis á la Iglesia católica, sus esfuerzos le costaron el sacrificio de su vida, siendo asesinado por los herejes el año 1623. La congregacion de Ritus declaró algunos años despues que el martirio de este

Santo se hallaba evidentemente probado, y su santidad atestiguada por muchos milagros.)

SAN RUFO, en Aviñon, primer obispo de esta ciudad. (Fué discípulo del célebre proconsul Sergio Paulo, íntimo amigo del Apóstol de las gentes, y habiendo sido consagrado en Roma, los apóstoles le enviaron á Aviñon, cuya Iglesia fundó. Murió por los años de 63.)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN CUNIBERTO, obispo, en Colonia. (Era el padre de los huérfanos y el consuelo de los alligidos, y en recompensa de sus virtudes el Señor le concedió el don de milagros.)

SAN EMILIANO (Ó SAN MILLÁN), presbítero, en Tarazona en la España Tarraconense; esclarecido por sus innumerables milagros: su admirable vida escribió S. Braulio, obispo de Zaragoza. (*Véase su vida en las de hoy.*)

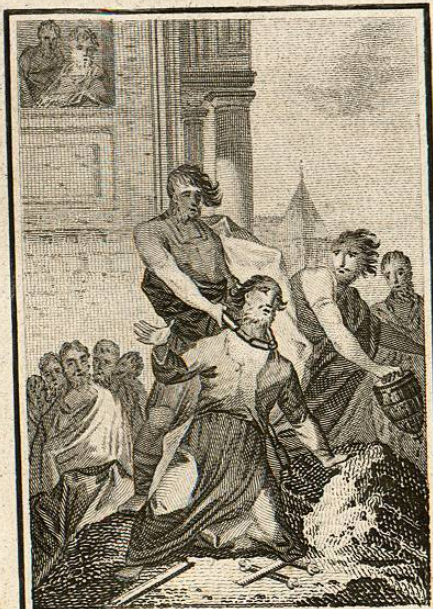
SAN NILO, abad, en Constantinopla; el cual de prefecto que era de la ciudad, se hizo monje, y floreció en santidad y doctrina en tiempo de Teodosio el menor. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN TEODORO STUDITA, también en Constantinopla; el cual combatiendo valerosamente por la fe católica contra los iconoclastas ó destruidores de las sagradas imágenes, se hizo muy célebre en toda la Iglesia católica. (Diéronle el nombre de Studita porque fué abad del monasterio de Studio, fundado por Studius, cónsul romano, en uno de los arrabales de Constantinopla. Su decision en defender el culto de las santas imágenes le ocasionó violentas persecuciones; y en los innumerables escritos que publicó contra las herejías de su tiempo, reúne á una vastísima erudición y solidez inespugnable, una piedad sólida y un estilo claro, conciso y elegante. Feller dice que los que deseen conocer la disciplina y costumbres de la Iglesia griega en los siglos VIII y IX, deben leer las obras de este Santo.)

SAN DIEGO, confesor, del orden de los Menores, en Alcalá de Henares en España, esclarecido por su grande humildad: fué canonizado por el papa Sixto V: su fiesta se celebra el día siguiente (*Véase su vida en las del día 11.*)

SAN MARTIN, PAPA Y MÁRTIR.

Nació S. Martín en Todi, ciudad de Toscana. Fué de familia muy calificada por su nobleza; pero mucho mas ilustre por haber dado á la Iglesia de Dios un pontífice tan santo. Cultivaron sus padres el ingenio del hijo con el estudio, y el Espíritu Santo tomó posesion de su corazón. Era de cuerpo airosamente dispuesto; pero su modestia hizo mas hermosa su alma en los ojos de Dios. Dejábase ver el pudor como retratado en su semblante, y la pureza del corazón le salía á la cara en su modesta compostura. Hallóse filósofo hábil y aventajado, y no por eso dió en el escollo de la vanidad. Supo ser sabio sin ser orgulloso. Su modestia derramaba en su sabiduría cierto resplandor, que le



S. MARTIN PAPA Y M.

hacia brillar mas. Consagró su erudicion, consagrándose él mismo á los altares. Profesaba á la verdad aquel vivo amor que está pronto á derramar la sangre, cuando es necesario, para defenderla, no deseando vivir sino para Jesucristo; pero como la divina Providencia le tenia destinado para el gobierno de su Iglesia, le dilató la corona del martirio, á fin de que la mereciese con sus trabajos y con el ejercicio de la paciencia. Habiendo muerto el papa Teodoro, fué colocado S. Martin en el trono pontificio por unánime consentimiento de los votos. Llenó de gozo al emperador, al senado y al pueblo una eleccion tan juiciosa, gustando ya anticipadamente la felicidad que todos se prometian en el gobierno del nuevo pontífice de Jesucristo. No se engañaron: tenia entrañas de verdadero pastor para con todas las ovejas que el Señor habia puesto, por decirlo así, debajo de su cayado. Era dilatado el seno de su caridad, y en él hacia lugar á todos. La liberalidad le abria las manos para regar el campo de la necesidad, haciendo que corriesen al seno de los pobres los bienes que Jesucristo le habia confiado para aliviar sus miserias. A los buenos religiosos los miraba con ternura, y recibia con admirable agasajo á los extranjeros. Despues de haber ayunado todo el día, dedicaba á la oracion gran parte de la noche. Procuraba enderezar á los que se descaminaban, y cuando los veia reconocidos y arrepentidos de sus defectos los consolaba, asegurándolos la misericordia del Padre celestial, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Era un perfecto retrato de Jesucristo, soberano pastor de nuestras almas. Gozaba entonces la Silla apostólica de mucha paz, y los fieles descansaban á la sombra de un padre comun tan caritativo; pero los herejes escitaron una tormenta tan deshecha, que hubiera corrido peligro de naufragar la fe de aquellos, á no gobernar la nave un piloto tan diestro como vigilante. Confundian los monotelitas las operaciones en Cristo, defendiendo que no habia en él mas que una sola voluntad, sin rendirse á creer que en cuanto Dios tiene voluntad divina, y en cuanto hombre una voluntad humana. Habia publicado el emperador Constante un edicto con nombre de *Typo* ó de *formulario*, en que con el pretexto de cortar disputas, igualmente prohibia decir ó enseñar que habia dos voluntades en Cristo, como que habia una sola; con cuyo arbitrio, favoreciendo á los herejes, dejaba sin libertad á los católicos para volver por la verdad. Luego que tuvo noticia de la exaltacion de S. Martin, no se descuidó en enviarle el *Typo*, suplicándole que lo aprobase y confirmase con su apostólica autoridad, como providencia necesaria para poner fin á las perniciosas disputas que

se habian suscitado en el imperio sobre puntos de religion; pero penetrando muy bien el santo pontífice que el tal *Typo* no era mas que un sagaz artificio inventado por la politica para descargar el golpe contra la integridad de la fe, insinuando en los ánimos el veneno del monotelismo, respondió generosamente, que antes perderia mil vidas, que aprobar tan pernicioso escrito, y que cuando todo el mundo se desviase de la doctrina de los santos Padres, que todos reconocieron en Cristo un adorable compuesto de dos naturalezas enteras y perfectas, él jamás se apartaria de ella, sin que ni promesas, ni amenazas, ni tormentos, ni la misma muerte fuesen capaces de hacerle ser infiel al depósito de las verdades de la fe que se le habian confiado. Despues de una respuesta tan precisa y tan espresiva de la integridad de su fe, para cortar de raiz el mal que amenazaba á la Iglesia, convocó en S. Juan de Letran, lo mas presto que pudo, un concilio de ciento y cinco obispos, en el cual sin acobardarle ni dárselo nada por la indignacion del emperador, condenó su *Typo*, juntamente con la herejía de su abuelo el emperador Heraclio, y declaró escomulgados á todos los que la siguiesen. Despues escribió á todos los obispos de la Iglesia católica una carta circular llena de vigor apostólico, acompañándola con las actas del concilio que se habia celebrado. Confirió el emperador el gobierno de toda la Italia á Olimpo, con espresa orden de arrestar á todos los obispos que rehusasen admitir, firmar ó defender el formulario de fe que se contenia en su edicto; pero muy particularmente á S. Martin. Hizo Olimpo varias tentativas para dar gusto al emperador; pero halló á toda la clerecía de Italia tan adherida á la fe ortodoxa, que nada pudo adelantar por este lado, en vista de lo cual, concibió el detestable intento de quitar la vida al santo pontífice al mismo tiempo que fuese á recibir de su mano la sagrada comunión. Mandó, pues, á un paje suyo (¡qué horror!) que le alargase la espada cuando estuviese en el comulgatorio para recibir la hostia consagrada; pero hay un Dios protector de la inocencia. El paje quedó repentinamente ciego, sin poder discernir á S. Martin, cuando dió á Olimpo la comunión. Así lo aseguró despues él mismo con juramento. Mas no por eso se rindió el emperador; antes irritado cada dia mas contra la Iglesia romana por la constancia con que se oponia á todo lo que era contrario á la fe, hizo gobernador de Roma á Teodoro Calliopas, dándole por asociado á otro Teodoro, gentil-hombre de su cámara, y encargándolos mucho que sobre todo se apoderasen del papa. Halláronle en la iglesia de S. Juan de Letran santamente empleado en cantar las alabanzas de

Dios. Salióles al encuentro, acompañado de gran número de fieles, y de toda su clerecía, la cual, sin tener miedo al gobernador, esforzando la voz, decia estas palabras: *Anatema á todos los que dijeren ó creyeren que nuestro santo pontífice Martin haya alterado ni el mas mínimo artículo de la verdadera fe. Anatema tambien á todos aquellos que no perseveraren hasta la muerte en la fe ortodoxa.* Como Calliopas era hombre político, disimuló por entonces; pero poco tiempo despues se apoderó del santo pontífice, sin dar lugar á sus clérigos ni á sus criados para poderle defender. Fué conducido á Mesina, y desde allí á la isla de Najos, donde padeció muchas miserias. Desde allí le llevaron á Constantinopla, donde despues de ultrajes inauditos, que los mismos gentiles se horrorizarian de hacer sufrir á la cabeza de la Iglesia católica, fué encerrado en una estrecha prision, con órden de que ninguno lo supiese. Tres meses estuvo en ella sin hablar á persona viviente, y el mismo dia de viernes santo le llevaron delante del senado, no pudiéndose mover él por su estrema debilidad. Compareció, pues, delante del presidente, el cual le dijo: *Habla, miserable, y di, ¿qué mal te ha hecho el emperador? ¿se ha apoderado de tus bienes? ¿has recibido de él alguna injuria?* No respondió el Santo palabra. Citáronse testigos falsos que le acusasen: entraron en la sala, recibióseles juramento sobre los santos Evangelios, y depusieron contra él conforme á lo que se les habia sugerido. Pero como en todas sus declaraciones no se podia encontrar cosa sustancial contra un hombre santo, los obligaron con amenazas á deponer contra él delitos capitales. Salió del senado el tesorero mayor para dar cuenta al emperador de su negociacion. Mientras tanto los ministros espusieron al Santo en medio de la plaza pública, despues le llevaron á una eminencia donde estaba el senado, y el emperador le podia ver desde su cuarto. Estando aquí el tesorero mayor doblando los insultos y el desprecio, le dijo con fiereza: *Ya ves que Dios te ha entregado en nuestras manos por haber conspirado contra el emperador: tú abandonaste á Dios, y Dios te abandonó á ti.* Mandó despues que le quitasen las insignias de su dignidad; solo le dejaron la túnica, y esta se la rasgaron de arriba á bajo por el medio: echáronle una cadena al pescuezo, con la cual le arrastraron á un calabozo, y una hora despues fué conducido á otra prision. El dia siguiente fué el emperador á ver al patriarca de Constantinopla Pablo, que se hallaba enfermo muy de peligro. Refirióle lo que se habia ejecutado con el papa, y el patriarca volviendo la cabeza á otro lado, exclamó con un profundo suspiro: *¡Desdichado de mí, Dios mio! con esto se*

llenó la medida de mis pecados. Sorprendido el emperador de aquella reflexion, le preguntó la causa; y Pablo respondió: *Pues qué, ¿no es cosa lamentable tratar de esa manera á un obispo?* Suplicóle despues que no pasase adelante, y que se contentase con lo que habia hecho ya con el santo prelado. ¡Ah, y á qué distinta luz se miran los objetos en la hora de la muerte! En fin, el santo pontífice fué desterrado al Quersoneso; ¡y cuanto tuvo que padecer en aquel destierro! Pero Dios, dice el profeta, proporciona los consuelos á los trabajos: cuanto mas se padece hácia afuera, mayor es el consuelo que se experimenta hácia dentro. Como S. Martin tenia tan tierno amor á la Iglesia, oraba y ayunaba para alcanzar de su Esposo las gracias que habia menester en aquellos dias de tristeza. Pero viendo que cada dia iba perdiendo mas y mas terreno, y conociendo que ya estaba muy cercana la muerte, escribió al clero de Roma una carta, en que le daba cuenta de lo que padecia por la religion en defensa de la integridad de la fe, despidiéndose de él, y exhortándole á librase del veneno mortal de la herejía. Despues de haber hablado así á los presbiteros de Roma, estando ya para consumir su sacrificio, habló á Dios de esta manera: *Pastor eterno de los fieles, Jesucristo, mi Salvador y Señor mio, bien sabeis lo que he padecido hasta aquí por vuestro amor: poned fin á mi destierro, descargadme de este cuerpo mortal para que vaya á cantar en vuestra santa casa vuestras eternas bondades. Yo os encomiendo el rebaño que pusisteis á mi cuidado: acordaos, Señor, que es precio de vuestra sangre, y conquista de vuestro amor; dignaos protegerle por los méritos del príncipe de vuestros apóstoles S. Pedro; haced que experimenten los efectos de vuestra gran misericordia contra los esfuerzos de las potestades infernales que le pretenden devorar: oracion muy correspondiente al carácter de un buen pastor. Nunca fué mas abrasado su amor á la Iglesia que cuando estaba para perder la vida. Habiendo combatido como héroe este glorioso mártir de Jesucristo, pasó á disfrutar en el cielo de aquellas palmas que nunca se marchitan, regadas siempre con eternas incomprensibles delicias. Sucedió su muerte el dia 12 de noviembre del año 654.*

SAN MILLAN Ó EMILIANO DE LA COGULLA, CONFESOR.

SAN Braulio obispo de Zaragoza, tan conocido por su eminente virtud como por su gran sabiduria, quiso ser coronista de S. Millan, uno de los héroes mas célebres que han florecido en España, comparándole con el grande Antonio y con S. Martin

de Tours en atención á sus gloriosos hechos, los que escribió por referencia de sus discípulos Citonato, Sofronio, Geroncio y Ascilo. No nos dice este historiador la patria del Santo; pero si se atiende á los graves fundamentos con que pretenden serlo Verceo y Matute, ambos pueblos de la Rioja distantes entre sí como unas dos leguas, parece que fué natural de aquella provincia, comprendida bajo de la de Cantabria. Dieron á Millan sus padres una educacion cristiana, y quedando altamente impresas en su tierno corazon las piadosas máximas del Evangelio, arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Dedicáronle al ejercicio de pastor de ovejas, disponiéndolo así la divina Providencia, para que instruido en aquel oficio, supiese despues practicarle, siendo pastor de los racionales. Llevaba consigo el ilustre jóven un rabel ó cítara, con que divertia el ánimo en la soledad de los campos donde apacentaba su ganado, y quedándose en cierta ocasion dormido á la suave armonia del instrumento, le manifestó el Señor la grandeza de las cosas del cielo, llamándole interiormente á que siguiese el camino de la perfeccion.

Despertó Millan lleno de consuelo, y no tardó un punto en corresponder fielmente á la vocacion de Dios. Supo que en el castillo de Bilibio habia un célebre eremita llamado Felix, cuya fama de santidad ilustraba á toda la Cantabria, y encendido en vivísimos deseos de instruirse en la escuela de aquel famoso solitario, fué donde habitaba, y le rogó humildemente que le admitiese por su discípulo. Exploró Felix á fondo las intenciones de Millan, y conociendo su buen propósito, le recibió en su compañía, haciendo que le imitase en los ejercicios de la oracion y de las mas rigurosas penitencias.

Vivió Millan algunos años bajo la enseñanza de aquel célebre maestro, é instruido en los caminos de la perfeccion, y enriquecido con los tesoros del cielo, se despidió de su preceptor, y fijó su residencia cerca del lugar de Vergegío, hoy llamado Verceo en la provincia de la Rioja. Continuó allí el tenor de una vida mas angélica que humana, que habia aprendido en la escuela de Felix; pero como las gentes que concurrían á visitarlo, con fin de disfrutar su santa conversacion y sus saludables consejos, le impedían la quietud que apetecía, para dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, se retiró á una espantosa cueva de los montes Distéricos, sita al pié de la alta sierra de S. Llorente ó de S. Lorenzo, donde soltando las riendas á su fervor, se entregó á los rigores de una penitencia sin limites, renovando en su persona aquellas espan-

tosas imágenes de mortificacion oidas hasta entonces de los mas famosos solitarios del Oriente: bien que el Señor endulzaba las austeridades de su fidelísimo siervo con el don de contemplacion que le concedió, siendo su oracion casi continua. De este comercio con Dios resultó el encenderse Millan en vivísimos deseos de ver cara á cara el soberano objeto que era el iman atractivo de todas sus atenciones; lo que le hacia levantar la voz en aquellos collados eminentes, donde se consideraba mas inmediato á los cielos, y prorumpir con frecuencia: *¡Ay de mí, y qué larga es la peregrinacion de este destierro!* Hallábase comprimido del frio, molestado de las aguas, y afligido de los vientos en la cumbre de aquellas sierras elevadas, de suerte, que muchas veces hubiera perdido la vida, si el amor divino en que se hallaba abrasado no hubiera vencido todos los destemples de las estaciones.

Cuarenta años pasó Millan con aquel tenor de vida, que con ser tan pura y tan penitente, no estuvo exenta de los mas terribles y violentos combates con que el enemigo de la salvacion lo ejercitó por largo tiempo; pero de todos salió victorioso sin otras armas que las de la oracion y de la penitencia, y mas con su frecuente recurso al poderoso patrocinio de la santísima Virgen, en quien despues de Dios tenia colocada su confianza. Solicitaba el siervo de Dios vivir desconocido de los mortales; pero así como una ciudad colocada sobre un monte no puede ocultarse, del mismo modo descubrió á Millan la fama de su eminente virtud á pesar de sus industrias. Llegó á entender Didimo, obispo de Tarazona á la sazón, los elogios que se hacían en toda aquella region del ilustre eremita, y considerando el grande bien que resultaria á la Iglesia si un sugeto de aquellos méritos fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, determinó conferirle los órdenes sagrados. Sobresaltóse Millan al oír semejante proposicion, y se resistió humildemente á bajar del cielo á la tierra, de la quietud al bullicio del comercio humano, y de la vida contemplativa á la activa; pero al fin le fué preciso obedecer. Ordenado de sacerdote fió á su cuidado el obispo de Tarazona el ministerio parroquial del lugar de Vergegío ó Verceo; y desentendiéndose el siervo de Dios de todas las solicitudes de las cosas terrenas, toda su solicitud y todo su empeño fué enriquecer á su Iglesia con virtudes y no con bienes temporales, con religiosidad y no con rentas, con verdaderos cristianos y no con alhajas superfluas.

La vida ejemplar del zeloso cura, la justificacion de su conducta y el arreglo de sus costumbres, y sobre todo su principal

atencion por aumentar en la parroquia los bienes espirituales, cuando parecia que habian de granjearle el amor y aun la veneracion de sus clérigos, lo hicieron odioso á algunos codiciosos relajados, que dejándose arrastrar de tal pasion, lo delataron al obispo de Tarazona, ponderándole los enormes daños que causaba en la Iglesia con su culpable negligencia y con la mala direccion que daba á sus rentas. Estaba aquel prelado lleno de envidia, porque la conducta de Millan era una reprension tácita de la falta de sus deberes, y dando crédito á la delacion sin el correspondiente exámen, hizo comparecer al Santo, y no satisfecho con la multitud de injurias que le dijo, le despojó del curato. Sufrió el siervo de Dios con inalterable paciencia todo aquel tropel de insultos, y en lugar de defenderse, dió al prelado muchas gracias, porque le exoneraba de un cargo tan pesado como el de párroco, al que se sujetó por obediencia.

Libre ya el Santo del cargo pastoral, se retiró á las encumbradas sierras de S. Llorente, y eligió para su habitacion una cueva distinta de la primera, media legua de Verceo, en el sitio que llaman S. Braulio al oratorio del Santo, y hoy es el monasterio de Suso; y lleno de aquella confianza y de aquel aliento que inspira el amor puro de Dios, se entregó á la abstinencia y á la mortificacion de la carne cuanto fué posible á las fuerzas humanas sostenidas con la divina gracia, viviendo mas como ángel que como hombre mortal, todo trasportado en la contemplacion de las grandezas divinas. Como la conspiracion de los clérigos avaros de Vergegio, ni el violento despojo de aquella parroquia no produjeron en Millan los efectos que deseaba el enemigo de la salvacion, resolvió atacarlo por cuantos medios pudo sugerirle su refinada malicia, sin que hubiese artificio ni estratagemas de que no se valiese para molestarlo y para interrumpir sus devotos ejercicios; pero viendo que de todas sus infernales máquinas se burlaba el siervo de Dios, enfurecido soberbiamente, presentándose á Millan en figura visible, le desafió á luchar cuerpo á cuerpo. Rehusó el Santo la pelea; pero acometiéndole con intrepidez el enemigo, se defendió por algun tiempo, hasta que viendo que no podia resistir á las superiores fuerzas del porfiado contrario, llamó en su ayuda á Jesucristo; con cuyo auxilio puso en vergonzosa fuga al ángel apóstata, que se introdujo por una rotura que hasta hoy se conserva en la tierra, para perpetua memoria del glorioso triunfo que consiguió el Santo del príncipe de las tinieblas.

En vano solicitaba Millan ocultarse en los mas encumbrados montes para vivir desconocido, pues queriendo Dios que benefi-

ciase á muchos, estendió tanto la fama de su eminente santidad por toda aquella region, que concurrieron á su oratorio una multitud de gentes atraidas del buen olor de su virtud. Aunque todo el consuelo y todas las delicias del célebre solitario las tenia en la oracion, en la contemplacion y en el retiro, no dió la menor señal de repugnancia al verse rodeado de tantas gentes; ni manifestó la mas leve vanidad ó complacencia al verse tan admirado, antes bien como se hallaba su corazon tan abrasado en el fuego del amor divino, deseaba comunicar este incendio en todos los que le buscaban, hablándoles con maravillosa energia sobre las verdades eternas, sobre la nada de los bienes caducos de este mundo, sobre los falsos atractivos de los deleites del siglo, sobre la brevedad de la vida, y sobre los horrores de la muerte, de lo que movidos muchos, abrazaron sus saludables consejos, y siguiéndole como fieles discípulos dieron grande honor á su maestro.

Quiso Dios dar superior realce á la virtud de Millan con el don especial de milagros que le concedió para hacerlo mas célebre; entre los cuales refiere S. Braulio las prodigiosas curaciones de un monge hidrópico llamado Armentario, de una mujer paralítica, de otra baldada, y de otra ciega, criada del senador Siconio. Tambien nos dice las maravillas de hacer crecer milagrosamente á una viga que no alcanzaba á la fábrica que hacia en su oratorio, la multiplicacion de una corta porcion de vino para que bebiesen muchas personas, y el pronto surtido de alimentos que dió á los pobres en cierta ocasion que pidieron al Santo limosna; siendo tanta su caridad para con ellos, que no teniendo con qué socorrerlos en un tiempo calamitoso, se cortó las mangas del vestido, y se las dió juntamente con la capa ó manto. En suma, los milagros del Santo fueron tantos y tan célebres, que á quererlos referir en particular, seria preciso dilatarnos mas de lo que permite un compendio.

Habia el Señor permitido al demonio que escitase á Millan dilatado tiempo en la soledad con las mas vehementes tentaciones, y para castigar la osadia del enemigo, le concedió la gracia especial de lanzarlo vergonzosamente de los cuerpos humanos que tiranizaba; entre cuyas prodigiosas espulsiones numera su historiador la de un diácono, la de un criado de cierto señor llamado Luencio, la de un sirviente del conde Eugenio, y la de Columba, hija del curial Máximo; siendo memorable sobre todas las que hizo el Santo las del senador Nepociano y de su mujer Proseria, con la maravilla que ejecutó en la casa de Honorio, senador de Parpalines, teniendo el siervo de Dios tan grande imperio so-

bre los espíritus inmundos, que no solo no los mostraba temor, sino que se encerraba con ellos donde quiera que los llamaba, según escribe S. Braulio.

Reveló Dios á Millan la hora de su feliz tránsito un año antes que sucediese, y aunque toda su vida habia sido una preparacion continua para la muerte, con todo aumentó sus rigores y sus austeridades, viendo que ya era corto el tiempo que le restaba. Tambien le manifestó el Señor en aquel mismo año por la cuaresma la destruccion de la gran ciudad de Cantabria en justo castigo de sus desórdenes, y queriendo el Santo prevenir á aquellos naturales, gente feroz y guerrera, para que se dispusiesen, avisó al senado que estuviesen juntos en la Pascua de Resurreccion, porque tenia que anunciarles una cosa de gravísimo momento. Ejecutáronlo así, y refiriéndoles Millan la determinacion del cielo, los exhortó á que hicieran verdadera penitencia de sus culpas, puesto que por ellas habian provocado á la divina justicia, cuyo azote estaba ya levantado para la desolacion del pueblo. Contristó el anuncio á la ciudad; pero como á todos constaba la eminente santidad del siervo de Dios le oyeron con reverencia, escepto un hombre malvado llamado Abundancio, que despreciando tan importante aviso, tuvo atrevimiento para decir, que como el Santo era tan viejo, caducaba. Profetizóle Millan que seria el primero que espermentaria el castigo, y se verificó á la letra, muriendo á manos del rey Leovigildo que destruyó á Cantabria por los años 572.

Finalmente quiso el Señor premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo, y hallándose en la edad de casi cien años, consumido al rigor de sus continuos trabajos y de sus asombrosas penitencias, murió como preciosa víctima abrasado en divinos incendios en el día 12 de noviembre del año 560, según la opinion más comun de los escritores de sus actas. Hallóse en el dichoso tránsito de Millan entre otros de sus discípulos el presbítero Aseilo, y habiendo dado noticia de su muerte á los pueblos comarcanos, concurrieron muchas personas á celebrar su funeral, que ejecutado con toda magnificencia, se depositó el venerable cuerpo en el oratorio del Santo. Hizo Dios despues célebre la memoria de su amado siervo con repetidísimos milagros, y habiendo venido á visitarlo el rey D. Sancho el mayor con su mujer Nuña, ó Elvira, con varios obispos, y con grandes de Navarra, Castilla y Aragon donde reinaba, queriendo elevar las reliquias del Santo á lugar mas decente, se hizo la traslacion de ellas del primer depósito al altar mayor de la iglesia de Suso en 13 de abril del año 1033. Allí permanecieron en grande ve-

neracion, hasta que el rey D. García, hijo mayor de D. Sancho, las bajó á la enfermería que tenian los monges de Suso el día 28 de junio de 1083, con ánimo de trasferirlas al monasterio de Santa María de Nájera que acababa de fundar; pero no pudiendo removerlas á pesar de las grandes diligencias que se hicieron, conociendo por esta señal el religiosísimo príncipe que era voluntad de Dios el que allí se mantuviesen, dispuso que luego que se concluyese el monasterio que erigió en el mismo sitio bajo la advocacion de S. Millan, se colocase el venerable cuerpo sobre el altar de la nueva iglesia, lo que se ejecutó así en el año 1167.

SAN NILO, ANACORETA, PADRE DE LA IGLESIA Y CONFESOR.

LA nobleza, dignidades, honores y riquezas no dieron tanto realce al nombre de Nilo, como el desprecio que hizo de todo esto por el amor de Cristo. Cuando se retiró cuidó tanto de vivir desconocido de todo el mundo, que se nos ha ocultado el modo de vida que tuvo en el desierto, y todo cuanto de ella se sabe está reducido á circunstancias generales. Parece que fué natural de Ancira en Galacia, dice Orsi: por sus escritos aparece haber tenido una educacion regular, en que habian llevado siempre el ascendiente la piedad y la religion. No es cosa averiguada en qué tercio de su vida tuvo por maestro á S. Crisóstomo; pero no pudo menos de ser en Antioquia, adonde le conduciria la reputacion grande de aquel doctor, acaso cuando renunció su gobierno para abandonar al mundo. S. Nilo fué casado, tuvo dos hijos, vivió con esplendor grande y dignidad, y fué elevado por el emperador al puesto honorífico de prefecto, ó gobernador de Constantinopla. La ambicion, la avaricia y las envidias que reinaron en la corte de Arcadio no pudieron menos de alarmar la conciencia de un magistrado piadoso y timorato, que en todas sus acciones nada temia tanto como autorizar, ó condescender en cualquiera género de pecado, ó injusticia. Y el deseo de vivir solo para Dios y para sí obró tanto en él, que obtuvo aunque con mucha dificultad el consentimiento de su mujer para retirarse del mundo por los años de 390. Dejó su hijo mayor al cuidado de ella, para que le enseñase las respectivas obligaciones de su estado en el mundo, y en compañía del menor, llamado Teodulo, se fué á hacer una vida solitaria en el desierto de Sinaí. En este retiro vivieron juntos entregados á los ejercicios del estado monástico, y pasaron muchos conflictos con sus enemigos visibles é invisibles.

Las obras que nos ha dejado S. Nilo, las solicitaron mucho los antiguos, y como nota justamente Phocio, demuestran la esce-